

## NARRATIVA

## Una cita con la identidad

Carme Riera novela la historia de una mujer que un día se encuentra con que su pasado no es su pasado. Con *La mitad del alma*, que se acaba de traducir del catalán al castellano, la escritora mallorquina obtuvo en 2003 el Premio Sant Jordi.

## LA MITAD DEL ALMA

Carme Riera  
Traducción de la autora  
Alfaguara. Madrid, 2004  
224 páginas. 18 euros

## J. ERNESTO AYALA-DIP

La última novela de Carme Riera, *La mitad del alma*, se inscribe en la estela de la buena producción literaria catalana de los dos últimos años. A novelas como *Pan negro*, de Emili Teixidor (que en estas mismas páginas comentó Ana María Moix); *Las veus del Pamamo*, de Jaume Cabré; *Olimpia a mitjanit*, de Baltasar Porcel; habría que sumarle nombres sólidamente esperanzadores como Toni Sala (muy buena su reciente *Cercanías*), Joan Lluís Lluís, Jordi Ibáñez, Pere Guixà y el ya inevitable Albert Sánchez Piñol por su traducidísima *La piel fría*. El historicismo machacón que afecta a otra buena parte de esta literatura, ese facilismo mercantil, es la parte menos alentadora que la novela catalana rinde a la globalización.

**Sin embargo, el historicismo** que practicó la escritora mallorquina, nacida en Palma en 1948, en *En el último azul* (1994) y *Por el cielo y más allá* (2001) indicaban una investigación infinitamente más moral que propiamente historicista, toda vez que la memoria sepultada obliga a remover la historia pero, sobre todo, obliga a preguntarnos qué presente es posible sin una asunción clara del pasado, con todo el dolor histórico que esta operación conlleva. *La mitad del alma* parecería cerrar un ciclo. Sólo que esta vez el pasado es inmediato, sus consecuencias todavía duran. La historia de la novela comienza cuando su narradora, que se encuentra firmando libros el día de Sant Jordi, es abordada por un desconocido que le deja una carpeta con cartas de su madre, Cecilia Balaguer. En dichas cartas, cartas de amor a un misterioso amante, se dibujan todos los interrogantes que irán minan-



La escritora y catedrática de literatura Carme Riera.

LUIS MAGÁN

do poco a poco las certezas familiares de la narradora, su hasta ese momento incuestionable identidad. La narradora decide ante esta nueva realidad de su existencia iniciar un viaje al pasado. Sabe que Cecilia Balaguer murió atropellada por una camioneta los primeros días de enero de 1960, en Aviñón. Sabe que unos días antes estuvo en Port Bou, el mismo pueblo fronterizo donde se suicidó Walter Benjamin, y comienza a intuir que es mucho lo que no sabe, lo que se le escondió o, simplemente, lo que nunca sabrá o tendrá hasta el fin de sus días que conjeturar para mitigar su angustia. El padre de Cecilia Balaguer fue político de la Generalitat, parece que Cecilia fue una luchadora antifranquista, el padre de la narradora perteneció al bando de los vencedores, Cecilia tuvo como amante a un escritor famoso, pero pudo, a su vez, espiar para el régimen de Franco.

*La mitad del alma* utiliza la primera persona de la narración

con un sentido perfectamente acorde con la exigencia de verosimilitud que se le supone a toda obra de ficción. Utiliza además, con acierto, la novela de espionaje (como la utilizó Antonio Muñoz Molina en *Beltenebros*, incluido, dicho sea de paso también, el motivo del traidor; y como de igual manera la usaron más recientemente en sus novelas Alejandro Gándara y Belén Gopegui). En el terreno moral, o mejor dicho, en el terreno de los comportamientos inmorales en materia política, la novela se aproxima, como lo hizo Marsé para periodos semejantes, a los claroscuros del papel de ciertas clases sociales en Cataluña respecto al franquismo. La apelación de la narradora a la participación de los lectores en su búsqueda crucial es un guiño literario que colabora enormemente a reforzar el arte de la ilusión novelesca. Pero también un guiño a la conciencia histórica del lector. Por si estuviera anestesiada.

## El imaginario de la espera

Perú: los suaves ofendidos, podría también titularse esta crítica sobre la novela de Alonso Cueto, *Grandes miradas*. Idas y venidas del poder, la violencia y la moral.

## GRANDES MIRADAS

Alonso Cueto  
Anagrama. Madrid, 2004  
301 páginas. 17,50 euros

## JULIO ORTEGA

¿Cómo escribir sobre la violencia? Esta pregunta constituye la literatura latinoamericana, y sus respuestas ponen a prueba los límites del lenguaje. Ha sido dominante la tesis de que la violencia es el pecado original de la nación, pero en los últimos tiempos esa versión traumática ha sido rebatida no sólo por lecturas antitraumáticas de la historia sino por la posibilidad de poner a trabajar a la violencia, humanizándola y, sobre sus ruinas, reconstruir las voces de su refutación creativa. Después de testimonios y denuncias de la violencia política, la novela se ha hecho cargo de la capacidad de las víctimas para superar su victimización. En Argentina, *El Dock* de Matilde Sánchez, y en Chile, *Los vigilantes* de Diamela Eltit, respondieron a la pregunta sobre la violencia contra la madre (muerta o acosada) desde el habla que renace en el hijo. Contra el poder y el castigo, ese otro lenguaje asume la agonía en los márgenes del territorio ocupado, en el verbo del porvenir.

Alonso Cueto (Lima, 1954) comparte esta más seria tendencia narrativa y busca exceder la deuda de autodenegación (que en Perú era el dictamen del fracaso, y en México el mito de la bastardía del origen), con la apuesta por un héroe cultural capaz de inspirar dignidad. Se trata de un juez que se enfrenta a la corrupción de Estado propiciada por Fujimori y Montesinos; asesinado por la policía de la dictadura, es escarnecido por la prensa amarilla. Ese juez existió y se llamó César Díaz Gutiérrez. La novela, así, le toma la palabra y le construye el

espacio narrativo donde resolver la pérdida del lenguaje, el sacrificio, en la reconstrucción del sentido, lo justo.

**Si la violencia se decide** en el lenguaje que la procesa, hoy sabemos que el realismo literal sólo la confirma. Su representación documental carece de respuestas, y su genealogía tremendista termina culpando razas y clases desiguales. Aquí radica la primera respuesta de Cueto: decide mirar de frente a la violencia. Confrontar la mirada corrupta del poder, reclama una serie de mediaciones: otros ojos, otras miradas, capaces de sostener el control del campo visual perverso. El dilema es aquí central: la violencia de lo visto es la herida de la culpa, y nos empobrece; contra ella es preciso mirar la dignidad del otro como propia.

Pero demostrando que el lenguaje es la materia donde la violencia se decide, Cueto resuelve con maestría su función: toda la novela está escrita en el presente, de modo que el tiempo del relato coincide con la actualidad de la historia. El lector se hace cargo de una violencia sin tregua: no hay un verbo para explicarla, sólo su exceso de inmediatez que dirimir. La aventura desvalida de Gabriela, la novia viuda del juez, es la empresa de nombrar la justicia cuando las palabras no alcanzan. Así, la novela traza su agonía en un mundo subvertido, como en la poesía de César Vallejo, por la mirada doble, despupilada.

“Nadie lo ayudó. Yo creo que eso lo mató”. Esta definición de un padre honesto, hecha por un poderoso corrupto, remite al dilema central de esta poderosa novela: al final, la moral no es la bondad de nuestras opiniones autorizadas, ni el vigor de nuestras convicciones probadas a costa de los otros. La moral es el lugar que ocupa el otro en ti, en el lector.

## A pecho descubierto

Sin ningún rubor, Ernesto Pérez Zúñiga apuesta por la novela de carácter social que incluye la lucha de clases. Lo hace en el escenario de una guerra civil en la que conviven señoritos y jornaleros en una narración que en muchos pasajes recuerdan a Valle-Inclán, a la literatura anarquista o incluso al *western*.

## SANTO DIABLO

Ernesto Pérez Zúñiga  
Kailas. Madrid, 2004  
408 páginas. 19,95 euros

## JAVIER GOÑI

Sacar de arranque en una pequeña editorial, nueva en esta difícil plaza de la edición, una novela como ésta, de un joven escritor, Ernesto Pérez Zúñiga (Madrid, 1971), implica una cierta dosis de temeridad o, si no mejor, de audacia, pues *Santo diablo* es una notable novela que va a contracorriente, que apuesta por la literatura comprometida, de ca-

rácter social, que trata sin complejos la lucha de clases, que reivindica la tierra para el que la trabaja. Pérez Zúñiga ha escrito una apasionante novela sobre el inicio de una guerra civil innombrada, en una tierra innombrada, pero que se superpone —como en el relato de Borges en el que unos cartógrafos realizan un mapa a tamaño natural— perfectamente con *aquella* guerra civil y con *esta* vieja y cuarteada piel de toro —*radiolé* por el tópico cañí—. Pérez Zúñiga ha escrito un relato de señoritos (hartos del ancestral derecho de pernada, de escapulario al cuello en plan *detente bala* y sueltos

con el gatillo) y de sufridos jornaleros (asaltaconventos en busca del brazo incorrupto de la Santa), y con ese tan celtibérico elenco ha escrito una novela muy bien contada, y la ha hecho a pecho descubierto, poniéndose de rodillas delante de la puerta de los toriles, por donde le podía arrollar cualquier cosa: la pintura folletinesca del XIX a lo Ayguals de Izco, la fuerza esperpéntica y literaria de Valle-Inclán, la literatura anarquista (camaradas, llamaradas) y evangelizadora del siglo anterior, la influencia del *western* (Iván el Abubilla, el ejecutor del Amo, así, con mayúscula, es un cruel

cazador solitario, que espera, fusil en mano, a su presa, al cabecilla de los *diablos*. Estos y otros peligros más (el humor derrapando hacia el sarcasmo, la lucha de clases rozando la caricatura) podían haber arrollado a Pérez Zúñiga, ahí de rodillas, delante de los toriles; pero sale airoso. Ninguno se lo lleva por delante, y con todos ellos, utilizándolos, hace una memorable faena. Se asoma continuamente al precipicio, pero no resbala, mantiene el tipo. ¿Que *don Tricornio* huele a Valle, pues línea más abajo, el guardia es un *picoletto*, y viva la bagatela del anacronismo? Hay en esta no-



Ernesto Pérez Zúñiga.

vela, en fin, mucha habilidad narrativa, buena escritura e imaginación sobrada y, también, una gran audacia para traer a nuestros ruedos, poniéndola al día, una literatura social, comprometida, con la que ya nadie suele trastear.